

# FALLO DEL I CERTAMEN DE RELATO CORTO DESIGUALDADES



3 DE FEBRERO DE 2023

**e** acciónenred  
madrid

# Certamen de relato corto “Desigualdades”

Las desigualdades afectan a importantes sectores de la población mundial, ya sea en los países empobrecidos, ya sea en los propios países desarrollados, por lo que podemos hablar de un Sur global y un Norte global. El enorme desarrollo del capitalismo transnacional está posibilitando el enriquecimiento de una minoría y un crecimiento de la desigualdad, especialmente aumentados por la pandemia de COVID-19 y la hambruna causada por la crisis climática y la guerra de Ucrania. Las desigualdades se extienden más allá de los aspectos económicos y afectan a otros muchos aspectos de la vida.

En Acción en Red nos interesa e inquietan estas realidades, por lo que hemos organizado recientemente nuestras “Jornadas de Alternativas frente a la desigualdad” y queremos darle una continuidad con la convocatoria de este Certamen, que pretende recoger relatos que denuncien las desigualdades o que ofrezcan alternativas para superarlas.



## Bases del certamen

### Temática

Se podrán presentar relatos cortos originales, inéditos y no premiados en cualquier otro concurso, con un título y seudónimo, que reflejen aspectos diversos de las desigualdades sociales, económicas, culturales, de género...

### Presentación de relatos

Cada autor podrá presentar un máximo de dos originales, con una extensión máxima de 3 páginas, a espacio y medio, en Times New Roman a 12 puntos, por una sola cara, enviándolos por correo electrónico a [aerrelatos@gmail.com](mailto:aerrelatos@gmail.com) en un archivo Word o pdf. Los originales se presentarán bajo pseudónimo, adjuntando en otro archivo una plica con los datos personales y de contacto del participante (nombre del autor, su domicilio, correo electrónico y teléfono). Todas las obras deberán presentar una declaración firmada en la que constará necesariamente el carácter original e inédito del relato, cuya titularidad es exclusiva del autor sobre todos los derechos de la obra y que la misma se encuentra libre de cargas o limitaciones a los derechos de explotación.

### Fecha de admisión de relatos

Los relatos se podrán presentar por correo electrónico desde el 1 de noviembre de 2022 al 10 de enero de 2023.

### Premios

Se seleccionarán y premiarán tres relatos por el Jurado y se considerará la concesión de varios accésits. Se tendrán en cuenta criterios de corrección gramatical, originalidad y creatividad. Todos ellos recibirán un diploma. Los relatos premiados serán divulgados electrónicamente por Acción en Red Madrid (en sus RRSS y publicaciones). Los tres primeros premios recibirán un lote de libros cada uno. Los relatos premiados serán presentados en un acto público en nuestro local social “La Bóveda” durante el primer trimestre de 2023. El fallo se dará a conocer por teléfono o correo electrónico a los autores a finales de febrero de 2023. El fallo será inapelable.

### Jurado

El Jurado estará compuesto por varias personas del ámbito cultural y social, al menos una de las cuales será miembro de Acción en Red Madrid.

### Disposiciones generales

- ~ Las y los participantes autorizan el uso de sus textos en las reproducciones o presentaciones que puedan realizarse por Acción en Red Madrid.
- ~ El hecho de participar en este Certamen supone la total aceptación de estas bases.
- ~ Los datos facilitados por las y los participantes serán tratados de forma confidencial (de acuerdo con la Ley de Protección de Datos) y se destinarán únicamente a proporcionar información sobre las actividades de Acción en Red Madrid. Las y los participantes podrán ejercitar sus derechos de cancelación de sus datos solicitándolo a Acción en Red Madrid.

## JURADO DEL CERTAMEN

El Certamen de Relato Corto se enmarca en el *Proyecto de Desigualdades* sociales, económicas, culturales y de género que se inició con las Jornadas “Alternativas ante la desigualdad” de septiembre–octubre de 2022.

El Certamen pretende ser una forma de relacionar las diversas desigualdades del proyecto con la cultura. Se convocó el 1 de noviembre de 2022, con una fecha límite de recepción de relatos del 10 de enero de 2023. Se recibieron 165 relatos de distintos orígenes, dentro y fuera de España.

Se constituyó un Jurado para la lectura y evaluación de los textos, compuesto por:

**Antonio Carralón.** Se formó en la Escuela de Escritores en 2019 y 2020 y de ahí surgió su primera novela *¿Tú saltarías por mí?* Ha escrito centenares de artículos en cinco revistas culturales a lo largo de la década pasada y ha trabajado como redactor en diferentes publicaciones como Euroforum, Más Galicia o Indie Hoy.

Acude, desde noviembre de 2020, a la Escuela de Imaginadores de Juan Jacinto Muñoz-Rengel en la que ha participado en su segunda antología: *Un día antes de que perdiésemos la luz*. En la actualidad está pergeñando la segunda novela.

**Manuel Megías.** Doctor en Filosofía Inglesa y Profesor Titular de la Facultad de Educación la Universidad de Alcalá durante más de 30 años. Ha publicado en revistas nacionales e internacionales sobre interculturalidad, pedagogía del lenguaje y estrategias de aprendizaje entre otros temas. Ha impartido multitud de cursos y seminarios tanto en España como en el extranjero y ha participado en diversos proyectos de investigación europeos y de cooperación centroamericanos. Fue coeditor de la Revista *Encuentro* y ha sido vicedecano primero de la Facultad de Educación entre 2013 y 2019. Ha participado en cooperación académica de la Universidad de Alcalá en la UNAN–León desde 1995 a 2014, así como en Honduras, El Salvador y Costa Rica, impartiendo cursos y masters en el Proyecto MEIRCA, junto con F. Cerezal

**Luis Nogués.** Profesor de la Facultad de Trabajo social de la Universidad Complutense de Madrid, Trabajador social en el ayuntamiento de Madrid, en la Comunidad de Madrid y en el Instituto de Realojamiento e Integración social. Fue Director General de Integración Social e Intervención Comunitaria en el gobierno municipal de Manuela Carmena. Diplomado en trabajo Social, Licenciado en Ciencias Políticas y sociología y doctor en antropología social.

**Julio Rodríguez.** Psicólogo educativo, ha centrado su labor en la mediación de cursos y talleres, e impartiendo charlas y conferencias sobre la Educación para la Paz, la Prevención de la Violencia hacia las Mujeres y las Masculinidades . La Animación a la lectura a través del Cuento y la Poesía en Centros de Enseñanza Secundaria ha sido otra de sus actividades. Colaboró como recopilador y transcriptor para la publicación del libro *Cuentos tradicionales y canciones de mujeres del medio rural*, así como en la elaboración de materiales sobre la Educación para la No Violencia, Regulación de conflictos... Actualmente trabaja en un IES de Parla.

**Nahir Subelzú.** Nació en Uruguay y reside en Madrid desde hace 30 años. Trabaja en el área de comunicación empresarial. Siempre ha estado vinculada de una forma u otra al mundo de la creación literaria y al activismo social. Ahora voluntaria y activista en Acción en Red donde ha organizado un taller de iniciación a la escritura creativa.

**Flor Cabrera y Fernando Cerezal,** miembros de Acción en Red Madrid, formaron parte del Jurado y fueron los organizadores del proceso del Certamen.

## FALLO DEL JURADO

El Jurado emitió el siguiente fallo después de valorados los 165 relatos recibidos, teniendo en cuenta la adecuación a la temática del Certamen, la originalidad del relato y la corrección lingüística:

**Primer Premio: “Viorica” de Juncal Baeza Monedero**

**Segundo Premio: “El almuerzo” de Javier Amor Hontiveros**

**Tercer Premio: “Miradas” de Nelson Darío Calderón Jiménez**

**Accésit: “El joven esquirol” de Laura Vizcay Nespral**

Los premios se pudieron entregar personalmente y los autores leyeron sus relatos (excepto el accésit por estar su autora alejada) en un acto muy concurrido en el que el miembro del Jurado **Luis Nogués** comenzó impartiendo la conferencia “La automatización de la desigualdad” y fue amenizado con el cantautor **Juanjo Fernández** y el percusionistas **Antonio Monescillo**.



## Primer Premio

*Viorica*

**Juncal Baeza Monedero**

Ay, Viorica, cuerpecito sucio, si alguien te hubiera dicho que todo lo que leías en los cuentos no sucede en la vida real, que no le sucede a la gente normal, a las personas como tú, ¿es acaso posible que no estuvieras hoy aquí? ¿Habrías, en su lugar, permanecido allí donde el idioma no fuese un misterio indescifrable, en tu hogar a orillas del Olt?

De haberte protegido alguien -una madre, un hermano, una compañera de escuela, un animal, un hechicero, una roca, una rama de tilo, una bestia-, ¿estarías hoy sobre este asfalto, llenita de repulsión, golpeada mil veces, habiendo abandonado ya toda esperanza? Protegerte entonces, quizá, hubiera supuesto que ese alguien, ser vivo o inerte, te tomase la mano para empujarla a través de la superficie del río en que te andabas mirando con carita de tonta, con gesto inocente, tu pelo largo reflejado en el agua como una Ofelia infantil, con un descarnado propósito: que pudieras palpar de golpe la oscuridad del otro lado, que supieses del tacto de las dunas sumergidas, de los cuerpos resbalosos de los peces y del limo, hasta que sucumbieses al asco más feroz.

Pero no existió nada de eso. En su lugar hubo un grupo de muchachos detrás de una ermita, tirándote de la ropa, y justo después un dolor de niña que se partía por la mitad, y luego una enorme negrura de la que nadie fue nunca más capaz de rescatarte. En este nuevo país a donde llegaste, extranjera y muda, no queda ya nada de esa cría: por encima de tu cuerpo de mugre se han arrastrado kilómetros, chillidos y manoseos. En este lugar tienes los dedos dormidos de estirarlos al frente pidiendo monedas a desconocidos que arrugan la nariz al rebasarte.

Te miro ahora, Viorica, los pelos enredados en cabello, axilas y piernas: ¿qué salvación encuentras en deambular? El amanecer se cuele por las rendijas del cartón. Abres los ojos y sales afuera. El frío no te toca y caminas leve como una hoja negra hasta el parque. Allí recobras en parte la posesión de lo que no tienes, colocas las manos bajo el chorrillo diminuto de la fuente y el agua culebrea entre tus dedos y te salpica los pies. Los hogares están quietos aún y tú sientes momentáneamente algo semejante a la felicidad.

Tu presencia muda horroriza a los niños, pero, en su lugar, conquista a los perros que deambulan exactamente igual que tú. El reino animal no os diferencia: tú eres lo mismo que aquello que husmea, vaga y hurga con hocico, pezuñas o dedos, y da igual si las fauces son de marido, dueño o chuchó. Por eso tú no entiendes de patrias ni patriotismos: porque ya nada tienes que ver con tus vecinas de Olt y desde luego tampoco con quienes te rodean en el barrio mientras simulan no verte. Si con algo estás conectada es con las sombras y los silencios, y con todos aquellos animales, vertebrados o invertebrados, a los que los seres humanos se resisten a acariciar.

Los perros, ellos sí, te quieren. Sus arrullos desgredados te salvan una y otra vez. Tú les tocas las pestañas y ellos, invadidos de pulgas y a veces espantosos, se aplastan contra tus piernas, tu falda montándose sobre sus cráneos animales como un velo gastado, y si abren las mandíbulas y pretenden ladrar, tú ruegas silencio porque en esos minutos breves del amanecer la belleza consiste en una forma irregular, casi siempre monocromática pero siempre, siempre, muda.

La paz solo se interrumpe cuando el sol se despegas del horizonte. Tu cuerpo está lavado a medias, apenas manos y antebrazos antes de distraerte y dejar atrás la fuente y envolverte en el abrazo diario animal, pero vuelves trotando a casa, como los chuchos de tu séquito peludo, e intentas encontrarte con el menor número de personas posible. Sí, a medio asear, pero amada desde bien temprano por el cariño salvaje de tu manada callejera, que poco a poco se va despegando de ti porque sabe, ya lo ha aprendido, que tú, aunque sea miserablemente, de alguna forma debes volver al mundo de los humanos.

Un cartón es la puerta de tu hogar ruinoso. Lo empujas hacia dentro y no chirría. Su borde

inferior está húmedo y negro, como una boquita que lame la tierra. No quieres entrar y, sin embargo, entras, porque es lo que debes hacer, porque sabes que, si tardas, una voz brotará de dentro y se enroscará alrededor de tu cintura para sorberte hasta lo más profundo de la chabola. Eres una ovejita que con resignación le pisa los talones a quien la pastorea, por mucha vara que estampe contra su lomo. No existe otra posibilidad escondida en tus bolsillos rotos. Una vez dentro, la realidad se vuelca encima de ti, la fealdad y el desprecio se vuelven corpóreos, tangibles, así que te esfuerzas hasta casi morir por recordar a tus benditos chuchos y sus pelos tiesos, en un intento desesperado por recobrar una chispa siquiera de la felicidad vagabunda que te procuran.

Pero el bulto echado sobre el colchón se despereza y gruñe. Se yergue trabajosamente y te mira. Lávate, te dice. Apesta.



## Segundo Premio

### *El Almuerzo*

**Javier Amor Hontiveros**

Bajo el ardiente sol del mediodía, avanzando por una de las arterias principales de aquella ciudad un día devastada y luego medio recompuesta con retales y desgana, Marcos manejaba confortado por el aire acondicionado de su todoterreno nuevito. Dentro era el progreso; fuera, era otro mundo.

El tráfico se fue deteniendo y el conductor esbozó una mueca de fastidio, mientras se le venía encima el coro habitual de niños mendicantes, hijos del hambre y del agobio, hijos de nadie o quizás de una madre joven que da de mamar al más chiquito, cobijada bajo un chilamate, sobreviviente en medio del asfalto. Chavalitos que joden que da miedo, pidiéndote un pesito, tratando de venderte dulces mosqueados o de ensuciarte el vidrio delantero que dizque te limpian con un agua cochina. Enjambre infantil que, por cotidiano, pasa desapercibido e ignorado por la mayoría y especialmente por la gente acomodada como Marcos.

Atasco inoportuno. Tenía un almuerzo de trabajo en un restaurante exclusivo donde clientes como él sólo firman la factura, y empezaba a tener hambre. Despidió a los niños con un gesto desdeñoso y cara de pocos amigos y los pequeños echaron a volar en pos de un coche más amable.

Lamentando su propia imprevisión, le asaltaban alternativamente las ganas de maldecir al Gobierno y las de hincarle el diente a aquellos gambones que estarían esperándole, refrigerados y ociosos, a la sombra de una botella de vino rubio y heladito.

Constató el retraso inevitable en su reloj suizo y se ajustó mecánicamente las mancuernillas de oro que ceñían los puños de su camisa imoluta.

Lejos quedaban aquellos días, él mismo un desarrapado, cuando junto a un grupo de chavalos se subió a un camión y se metió tierra adentro para enseñar a leer a los campesinos. Cómo vivía aquella gente. A él, pobre de solemnidad, le sobrecogió la miseria que descubrió en el campo. Qué terrales, qué fangales, qué flacos los animales y qué escaso el sustento. Con todo, qué bien que lo pasó la tropilla juvenil aquellos meses, aguantando un hambre paliada apenas por la tortilla de maíz, grande como un *long play* y los frijoles en bala. Y qué rico en la mañana aquel aguachirri mal llamado café.

La diferencia es que el hambre de los muchachos alfabetizadores era temporal y la que arrastraban los campesinos, secular.

Se le dibujó un rayito de sonrisa al recordar los ojos golositos que le echaban a los pollos escuchimizados, imaginándolos fiambre y nadando en una sopa, aún a sabiendas que estaban reservados sólo para grandes ocasiones, como pudieron comprobar en la fiesta de despedida que los campesinos dieron a sus jóvenes maestros. La sonrisa se le puso luego picarona al evocar las noches en la covacha donde dormían; estaban tan contentos gozando la ocasional compañía femenina, que no sentían pulgas ni chinches.

Luego vino la guerra impuesta desde afuera y otra vez al monte y al hambre, esta vez con las risas apagadas por el miedo. Persiguiendo garrobos con más ardor que al enemigo, soñando un guiso improbable de iguana en pinol. Cruzando los dedos para ir a defender cooperativas, donde el comer caliente estaba asegurado por un tiempo.

Salió airoso del miedo, de las balas y hasta condecorado y, cuando creyó que el enlatado fijo era ya cosa del pasado, los jefes le premiaron mandándole a estudiar a Cuba, donde los de abajo las pasan más canutas que en su propio paisito.

El carrusel de vehículos seguía sin moverse. Cada tanto, le tocaba ahuyentar –alzando la mano y sin mirarlos- a los pedigüeños que se acercaban en frágiles oleadas para importunarlos.

Pensó en los dos pájaros de alto vuelo, jerarcas de nuevo cuño, seguramente ya esperándole, dándole duro al scotch y a los cócteles de ostras, mientras ponían a caldo a algún *amigo* y

urdián conspiraciones contra alguno de sus pares, encumbrados tan a dedo como ellos por un Régimen que era el reino de la arbitrariedad y del capricho.

Pasaba el tiempo. Dejó de ver, alelado, el parachoques trasero de su predecesor y miró en derredor con cierto desamparo. Fue entonces cuando divisó a lo lejos, sentada en un pretil, bajo un árbol, a una pobre mujer, que resultó ser precaria caja registradora con faldas, gallina alicaída que contaba los centavos que, frutos de la generosidad automotriz, le iban acarreado sus polluelos diligentes. Y esta vez, -¿por qué esta vez y no otras veces?- se descorrió ante él un telón bajado voluntariamente y cerrado bajo siete candados.

Se mostraron de repente, vívidas, fuertes, imágenes que por años había tratado de orillar, edulcorar hasta disolverlas.

Marcos acostumbraba a resumir su trayectoria personal, su ascensión sustantiva, como de “hombre hecho a sí mismo”, lo cual era tan cierto como la extrema humildad de sus orígenes.

Recordó nítidamente a su madre. Su madre y su niñez sin padre. Sorbiendo mocos junto a una caterva de hermanos, hijos de padre diferente. Se vio gateando en un piso de tierra mal apisonada, en su champa de tablas, mientras su boca se llenaba del gusto simple de aquellas tortillas de maíz que, a falta de queso, se masticaban con sal.

La mamá muerta. Prematuramente muerta. Muerta de pobre. Y la desbandada precoz de aquellos pajarillos, saliendo en carrera del nido, buscando sus migajas antes aún de despuntar la adolescencia.

Se enjugó con los nudillos una lágrima furtiva, como se supone deben ser las lágrimas de cualquier ejecutivo que se precie; quizás por eso no se dio cuenta de que los coches comenzaban a moverse. Cuando empezó el concierto de cláxones, reaccionó.

Buscó en su billetera, pero sólo había tarjetas de crédito y billetes de alta denominación.

Revolvió el compartimento contiguo a la palanca de cambio y encontró arrugados dos billetes de 10 y uno de 20.

Abrió la ventanilla y el fuego del mediodía barrió de un lengüetazo el aire acondicionado. Se asomó a una realidad que hoy le era ajena, mientras se aflojaba el nudo de la corbata y la chaqueta comenzaba a estorbarle.

Buscó a los niños que su desdén había alejado reiteradamente, pero no había rastro de ellos. Gritó, ¡chavalos!, pero el fragor de la calle ahogó su repentina compasión. Inmisericordes, los cláxones le exigían que avanzara y así lo hizo; lentamente, agitando el brazo y los billetes fuera de la Toyota immaculada, buscando en vano a los destinatarios de su generosidad. Darse limosna a sí mismo.

Cuando cruzó despacio junto a la madre, le hizo gestos e incluso aspavientos para que se acercara, pero ella ni se percató, concentrada en su contabilidad.

Los pitidos de los automovilistas arreciaron. Aceleró mientras cerraba la ventanilla, arrojó furioso los billetes dentro del coche y trató de volver a ser él.

Pero el sofoco se había adueñado de su pecho; sintió en éste una opresión desconocida y tuvo la certeza de que no llegaría al almuerzo.



## Tercer Premio

### *Miradas*

**Nelson Darío Calderón Jiménez**

El recuerdo era como una golosina en su boca, activando los resortes del placer. No había durado mucho aquel vértigo de sentirse en la cima del mundo, pero había valido la pena. El traje y las joyas de que había dispuesto eran lo de menos, él nunca tuvo deseos de ostentar, por fuerza y porque nunca entendió el valor del oro o de cualquier pedazo de mineral inerte, por más visos de color que diera. Lo verdaderamente importante para él había sido ver la cara de la gente cuando lo veía pasar, esa alegría en los rostros, esa luz en la cara de los niños, cómo lo saludaban. No era tonto y sabía que todo era una ilusión, pero qué más daba, tanto desprecio y desconfianza de algunos le tenía quemada el alma y entregarse a la ficción le permitía beber aguas cálidas y reconfortantes que alimentaban la fe en sus posibilidades.

La noche en aquel cuarto lóbrego donde estaba confinado parecía más negra que una sin luna en medio del mar, las conocía muy bien. No estaba solo, a su lado los constructores de una nueva babel se acomodaban como podían en los rincones, recostándose contra los muros, tirados en el suelo, hechos un ovillo, dándose calor mutuo, un calor lleno de miedo.

Casi cinco horas duró su gloria, efímera pero auténtica. Mirado con los ojos de los eternos desposeídos, cinco horas podía ser mucho tiempo, pero todo tiene su final como decía la canción que le retumbaba desde hacía un rato en las sienas. Bajarse de la cima del mundo fue tan rápido como subirse, en entregar las joyas y el traje tardó un poco más, sobre todo porque un broche se le enganchó en la camiseta y sudó un buen rato para deshacer el lío de ganchos y telas. Si hubiera tenido ayuda habría tardado un poco menos, pero los demás estaban a lo suyo, todos tenían prisas, ya todo había terminado. Detrás del camión de vestuario una veintena de personas hacían fila con las manos llenas de trapos y bisutería. Cuando le tocó el turno, un tipo de rictus serio le recibió el atrezzo, aquel hombre miró con cuidado de que faltara nada: los collares de fantasía, el turbante con las plumas, la túnica y la capa, todo estaba tal cual se lo habían entregado, tal vez un poco húmedo por su sudor, pero nada más. “Joder, cómo sudan los de tu raza”, comentó el hombre mientras hacía un mohín de asco. Él no respondió, pero en los ojos le brilló una rabia contenida. Recibió el dinero y se fue.

Metió la mano en el bolsillo delantero de su pantalón, allí seguían todavía los treinta euros. Alguien a su lado empezó a roncar y otro que estaba más allá, en la pared cerca de la puerta, dijo algo en una lengua que no entendía.

En el metro los vio de frente, no pudo cambiar de rumbo, ya lo habían visto, pensó en correr, pero ¿por qué, si no debía nada? Al contrario, se sentía en paz con el mundo y con una inyección de energía que hacía tiempo no editaba.

- Usted, documentos –le dijo con voz autoritaria un hombre vestido de azul oscuro y la mirada ensombrecida por una gorra del mismo color.

Pero él no tenía nada de eso, intentó decir cualquier cosa, pero ver la colección de personas que estaban contra la pared le convenció de que no serviría de nada.

- No tengo – fue lo único que dijo con resignación y la cabeza gacha.

- Póngase allí, al lado de esos –le contestó otro de los hombres uniformados. Estuvo allí parado un buen rato, en silencio, mirando cómo le daban el alto a más personas. A lo lejos pudo ver cómo alguien, tal vez más listo que él, disimuladamente cambiaba el camino al ver aquella vitrina sin cristales donde se exponía una selección de personas, vigilada por unos hombres que no hacían más que hacerla crecer. La estación era un bullir incesante de seres humanos, alguien corría hacia las escaleras eléctricas sin darse cuenta de nada a su alrededor, otros miraban al suelo como rumiando pensamientos tristes, pero muchos lo miraban a él y a los que estaban a su lado. Sí, de nuevo la gente estaba mirándolo, como hacía un rato, pero ahora era diferente, no había calidez en la mirada, ni sonrisas en los rostros, ni saludos afectuosos. Todo había

terminado. Los policías consideraron que ya era suficiente, más “ilegales” sería un grupo incontrolable.

- Vámonos. Para adelante, por la escalera de salida, vamos, venga –dijo de manera recia el agente de más rango.

Cuando subían por las escaleras eléctricas, sus ojos se cruzaron con los de un niño que bajaba por las del lado contrario, tenía la mirada limpia y los ojos inundados de ilusión. En su rostro infantil se dibujó una sonrisa, estaba mirándolo a él, fijamente.

- ¡Mamá! ¡Mamá! Dijo el niño mientras tiraba de la chaqueta de su madre. 2

- ¿Qué pasa, Carlos?

- ¡Mamá, es el Rey Mago, mira! – dijo señalándolo emocionado. Su madre miró y, sin entender todo muy bien, le dijo:

- Mi niño, que no es ese, cómo va a estar el Rey Mago en el metro, ¡ay, qué cosas dices!

- Que sí que es, que se ha cambiado de ropa, está disfrazado. ¡Y va con sus pajes! Su madre no supo qué decir, se quedó en silencio. Las miradas se fueron distanciando poco a poco, a medida que las escaleras mecánicas continuaban su monótono movimiento. Carlos no dejó de mirarle y de sonreír hasta que, en la parte alta de la escalera, la imagen del Rey Mago empezó a desaparecer. Antes de que se perdieran de vista, al igual que en la cabalgata, Carlos agitó la mano despidiéndose de él. Más arriba, Baltasar alzó su mano sonriendo y desapareció por el rellano de la entreplanta con uno de sus pajes de azul oscuro caminando detrás.



## Accésit

### *El joven esquirol*

Laura Vizcay Nespral

Es una tarde profundamente otoñal. Me encuentro refugiada en el salón, que parece el último resguardo luminoso en un mundo frío y gris. La lluvia golpea contra las ventanas, pero yo no la oigo, como tampoco escucho a mi abuelo cuando empieza a hablarme. Se sienta delante de mí y me sonrío, así que me veo obligada a quitarme un auricular.

—¿Escuchas música? —me pregunta.

—No, un podcast. Es como un programa de radio pregrabado.

—¿Radio? —repite, probablemente la única palabra que ha entendido de mi explicación—. ¿Y de qué hablan?

—De... derechos de la mujer.

Mi abuelo asiente, no muy convencido.

—Apaga esa cosa. Voy a contarte yo una historia sobre eso.

—Pero...

Él me mira con severidad por encima de sus gafas. Con un suspiro, me quito los cascos y dejo el móvil a un lado.

—Espero que no sea una historia sobre la mina.

—Es una historia sobre la mina.

—¡Abuelo!

—Te gustará, ya verás. Yo me cruzo de brazos y le presto mi atención, a regañadientes. Mi abuelo se recuesta en el sillón, como fundiéndose con él.

—En la mina, todos los días eran parecidos: llegabas al tajo cuando todavía estaba oscuro, dejabas tus cosas en la taquilla y te enfundabas el mono azul. Había días buenos y días malos, como en todas partes. También los había muy malos, en los que se derrumbaba un túnel, y horribles, en los que se derrumbaba con algún compañero dentro. Pero no te voy a hablar de eso.

Hace una pausa. Mira en dirección a la cocina, donde mi abuela está preparando la cena. Parece asegurarse de que ella no lo está escuchando y prosigue:

—Llegó un chico nuevo, muy joven, muy menudo. Era de un pueblo lejano y nadie lo conocía. No hablaba mucho y nosotros lo dejábamos en paz. Como nunca había trabajado en una mina, pusieronlo de ayudante de artillero, que es el que ayuda a colocar los explosivos para abrir los túneles, un trabajo delicado. No tenía mucha responsabilidad, pero aun así se las arregló para pifiarla un par de veces. Peme que no se dejaba ayudar, nadie podía decirle nada porque él siempre contestaba con malas maneras. No caía bien a nadie.

»En el 62, los mineros se plantaron en Asturias, y les seguimos nosotros, los del pozo Julia de Fabero. Empezamos a trabajar a bajo rendimiento. En las vagonetas se podía leer escrito con tiza: “O nos aumentan los salarios o nos unimos a los asturianos”. En Laciaña, las mujeres se plantaron para que los esquirols no entraran a trabajar. ¿Tú sabes lo que es un esquirol?

—Claro que sé lo que es un esquirol, abuelo.

—Bueno, yo pregunto, por si acaso. El guaje del que te hablé, el arisco, siguió acudiendo a trabajar cada mañana, hubiera huelga o no la hubiera. A veces solo tenía que caminar a la entrada, otras veces debía sortear a la muchedumbre que se manifestaba con gritos y pancartas. Mis compañeros empezaron a cabrearle con él. Gritábanle “chaquetero” cuando lo veían, tirábanle verduras o cosas más contundentes. Un día estábamos comiendo en el Antolín, un

restaurante que nos acogía cuando la Guardia Civil cargaba contra nosotros, y mis compañeros empezaron a hablar de darle una paliza al guaje. Yo fui el único que lo defendió. He de decir que me había ganado el respeto entre los trabajadores por ser buen picador; siempre me llamaban a mí cuando la veta de carbón estaba fuera del alcance de las máquinas. Así que les quité la idea de la paliza diciéndoles que hablaría con el mozo para que apoyara la huelga, que ya se había extendido a Toreno, a Matarrosa, a las minas de hierro del Coto Wagner y el Coto Vivaldi, a Endesa y a la Minero de Ponferrada.

»Y le hablé. Le dije lo importante que era esta huelga para todos nosotros, para mejorar nuestras condiciones, no solo por los salarios sino para que nadie más muriera sepultado en un túnel. El guaje me escuchó atentamente, sin interrumpirme. Cuando acabé, miróme con unos ojos enormes y díjome simplemente: “Tengo que dar de comer a mi familia”.

Mi abuelo hace otra pausa. Yo lo observo. Es un hombre fuerte, siempre lo ha sido. Tiene silicosis crónica desde hace años, pero solo necesita oxígeno en ocasiones. Sus manos son enormes, como dos de las mías, y ásperas de picar la piedra. Cuando explica algo, tiene la costumbre de levantar ambos dedos índices, largos y nudosos, como para no perder la atención de su interlocutor. Pero ahora sigue callado, perdido en sus recuerdos.

—¿Abuelo? —le increpo, sacándole de sus ensoñaciones.

—Sí, moza. ¿Qué más contarte? ¿Cómo explicarte la vida de entonces? Si nos negábamos a trabajar, nuestra gente sufría. Pero la alternativa era aún peor. Siempre nos cuesta tanto a los que estamos por debajo, y a los de arriba les cuesta tanto entenderlo... Pero ese año lo conseguimos, en parte. Hubo mejoras salariales, revalorización de las pensiones y libertad para los detenidos. Por primera vez, un movimiento obrero le plantó cara al régimen, y ganó.

Mi abuelo tose quedamente.

—Es una buena historia —digo yo—, pero me dijiste que estaría relacionada con el feminismo.

—Y lo está, moza. Toda lucha es la misma lucha, ¿entiendes? La nuestra, la vuestra... Es la lucha de los de abajo contra los de arriba. Es la lucha más antigua de la humanidad.

Debe de captar mi mirada decepcionada, porque añade:

—Y también es la historia de una mujer. Una que se vestía como un chico para poder trabajar en la mina.

A mi abuelo le satisface ver mi cara de asombro.

—¡El esquírol! —digo, y a él le brillan los ojos.

—El esquírol. Nadie se dio cuenta. Nadie... salvo yo.

—¿Y qué hiciste?

—No hice nada. Ambos trabajamos juntos durante unos meses más, hasta que ella pudo saldar las deudas que les había dejado su padre. Después, volvió a su pueblo. Y años más tarde... fui a buscarla y me casé con ella.

Yo abro mucho los ojos. Mi abuelo sonrío, complacido. Se pone en pie y abandona el salón, riéndose por lo bajo. Yo dirijo la mirada hacia la cocina, donde mi abuela asa unas castañas que desprenden un agradable olor a hogar y a otoño.



San Felipe Neri, 4. Madrid 28013  
[accionenred@accionenredmadrid.org](mailto:accionenred@accionenredmadrid.org)  
Twitter: @nrmdmadrid